

KÉNOSIS

JAIME H. DÍAZ A. PhD

*Se abajó,
obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios lo encumbró sobre todo
y le concedió el título que sobrepasa todo título
(Flp 2,8-9)*

Salgan y den testimonio

A fines de 1984 en recorrido por la Costa Pacífica Nariñense, en el municipio del Charco, encontré en la pared del cuarto de una casa abandonada un gran escrito en griego: *kénosis*.

Pocos meses después, en otra de mis correrías de trabajo, esta vez en Tiquisio, en la formidable región de la Serranía de San Lucas –departamento de Bolívar– dialogando con el párroco franciscano le conté mi hallazgo, pues sospechaba que esa vieja y desvencijada casa del Charco había sido habitada por franciscanos.

El párroco amigo me dijo que él había tenido la rica experiencia de vivir en carne propia una *kénosis*. Este fue su relato:

En los primeros años de la década de los 70 había sido párroco de la Porciúncula en Bogotá, situada en un exclusivo sector de la ciudad –hoy convertido en centro financiero– a 2.650 metros de

altura. Alternaba con la crema y nata de la sociedad bogotana, incluso, me dijo, había liderado al grupo de frailes que negoció la venta del convento franciscano al Grupo Grancolombiano, que edificó lo que hoy se denomina «Centro Avenida Chile». La negociación se hizo, entre otros, con el abogado Belisario Betancourt, quien posteriormente sería presidente de Colombia.

A finales de los 70 un grupo de franciscanos en una opción de mayor compromiso con los pobres y con una vocación de misión tomó la determinación de establecer una nueva provincia, la provincia de San Pablo Apóstol. Entre los frailes que tomaron esa opción se encontraba el párroco amigo. Con esta determinación se trasladó a Neiva, a 442 metros sobre el nivel del mar. Allí trabajó en un barrio popular. Entre sus labores estaba la de formar social y políticamente a la población, situación que le ocasionó más de un dolor de cabeza. Incluso un intento de asesinato. Una noche una persona subida sobre el techo de su habitación disparó al lugar donde dormía. Por suerte la bala se desvió al dar en una cercha metálica.

En prevención de nuevos atentados se trasladó a Tiquisio, situado a nivel del mar; allí trabajaba con campesinos pobres y abandonados de cualquier servicio del Estado, mientras se contaba con la omnipotente presencia y dominio de la guerrilla.

El sacerdote, concluyó su relato, diciéndome que desde el descenso simbólico de altitud hasta llegar al nivel de vida más pobre de la población, había experimentado una *kénosis*.

Un dato adicional. Poco tiempo después recibí una llamada angustiada del amigo franciscano, quien me relató lo siguiente: en la mañana de ese día había sido detenido por el DAS, que sin duda intentó desaparecerlo a su llegada por río a Magangué, procedente de Tiquisio. Él logró gritar a un campesino conocido: «Díganle al Obispo». Monseñor Eloy Tato, con la entereza que lo caracteriza, corrió veloz a la catedral y, desde allí, por los parlantes a voz en cuello exigió la liberación del sacerdote. El DAS no se explicaba cómo el cura párroco podía recorrer la veredas de Tiquisio sin ser

hostilizado por la guerrilla y dedujo, de manera simplista, que podía ser un informante guerrillero.

Este sacerdote continúa entregando su vida en favor de sectores pobres y excluidos de nuestra sociedad. No son los casos de otros amigos y amigas de los que hablaré que padecieron el martirio al entregarse de lleno a los hermanos que más los necesitaban.

El Concilio llama a salir al mundo

El Vaticano II invitó a que la Iglesia saliera de sí misma y fuera al encuentro del mundo, al encuentro del otro. Con ese carácter la había convocado Juan XXIII, quien el día anterior a la apertura del Concilio señaló, en mensaje radiofónico al mundo, que la Iglesia se sentía obligada a ir al encuentro de las necesidades y exigencias de los pueblos. Era volver a la fuente, ir en misión, con la impronta de responder a los nuevos tiempos y realidades, en los que, sin duda, un eje central sería el de la justicia social. El proemio de la *Gaudium et spes* lo clarifica desde un principio: el clamor que viene del mundo tiene que ser asumido por la Iglesia en su misión para ir al encuentro solidario con las personas que sufren y se alegran –sobre todo de los pobres y de los que sufren– en su situación histórica concreta (GS 1).

En el mundo se construye el reino de Dios desde los fundamentos de una sociedad justa y solidaria, de acuerdo a la voluntad del Creador (GS 33-34). El hombre no está solo, está en sociedad, en relación con los otros, en una continua interdependencia (GS 25) en la que prima el bien común (GS 26). Esta es una clara invitación a la política, donde se discute y construye el modelo de sociedad.

La vida económica y social debe ser construida y estar al servicio de la dignidad de la persona humana y del bien común (GS 63-72). Son las personas los protagonistas y no la producción y el capital, que generan profundas desigualdades sociales:

Muchedumbres inmensas carecen de lo estrictamente necesario, algunos, aun en los países menos desarrollados, viven en la opulencia o malgastan sin consideración. El lujo pulula junto a la miseria (GS 63).

Para la *Gaudium et spes*, citando al profeta Isaías, la paz es fruto de la justicia:

La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía, sin que con toda exactitud y propiedad se llama «obra de la justicia» (Is 32,7) (GS 78).

Cientos de laicos/as, sacerdotes, religiosos/as, obispos salieron de sus casas, conventos y templos al encuentro del mundo, a dar testimonio, a anunciar la palabra salvadora y liberadora, a llenarse de la vitalidad y riqueza de los otros, a alegrarse con ellos, a compartir sus tristezas y dolores, a clamar y luchar por la justicia, a denunciar los atropellos y la muerte, hasta llegar incluso al ofrecimiento de su propia sangre. Convertidos en auténticos apóstoles.

Citando a san Pablo (1 Cor 4,9-15) lo manifestaba monseñor Roberto López, obispo de Armenia, el 25 de abril de 1990, en la homilía de exequias de Tiberio Fernández¹ –párroco de Trujillo (Valle del Cauca)– atrozmente asesinado:

«Pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, y nos ha puesto como espectáculo ante el mundo, los ángeles y los hombres; hemos venido a ser como basura del mundo y el desecho de todos». Sin duda alguna cuando Pablo escribía estas palabras, tenía ante sus ojos el espectáculo de su Maestro, Cristo Jesús, levantado como escarnio en el estandarte ignominioso de la cruz y convertido en escándalo para los judíos y en locura para los gentiles. Como dice Isaías: «Muchos se apartaron de él porque tan desfigurado estaba que no parecía hombre, ni tenía aspecto de ser

¹ Su testimonio de vida será expuesto más adelante.

humano». En la cruz del Calvario a Cristo le fue desconocida su condición de criatura humana, le fue conculcada su dignidad de persona divina. Pisotearon sin consideración sus atributos legítimos de Profeta, Sacerdote y de Rey... El padre Tiberio, nuestro hermano en el sacerdocio, ha sido víctima inocente de un cruel y despiadado asesinato. Sus verdugos lo torturaron con sevicia rayana en barbarie. Le negaron todo respeto a su carácter de hombre de bien. Despreciaron por completo su dignidad de persona humana.

El martirio de sangre impactó tanto a la primitiva Iglesia que la llevó a la veneración de sus mártires antes que a ninguno de los otros cristianos. Santo Tomás en plena Edad Media, escribía:

El martirio, entre los demás actos humanos, es el más perfecto según su género, como signo de amor supremo, atendiendo a lo que dice san Juan: «Nadie tiene mayor amor que el que uno dé la vida por sus amigos» (*Summa Theologica* 2-2, q. 124, a.3).

El Concilio destaca como fundamento la herencia que tenemos de Jesús, «que manifestó su caridad ofreciendo su vida por nosotros; por ello, nadie tiene mayor amor que el que ofrece la vida por él y por sus hermanos... El martirio, por consiguiente, con el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, asemejándose a él en el derramamiento de sangre, es considerado por la Iglesia como supremo don y la prueba mayor de caridad» (LG 42).

La experiencia latinoamericana y particularmente la colombiana de los últimos años presenta al martirio al orden del día: laicos/as, sacerdotes, religiosos/as y obispos nos han enseñado con su sangre que el seguimiento de Cristo en un subcontinente y en un país minado por la injusticia, es un reto que provoca temores, hostilidad y represión. El seguimiento al Maestro que puede implicar el martirio, es semilla de esperanza.

Salir al encuentro del otro, dejarse tocar por su piel, por sus angustias y necesidades, indignarse ante la opresión y la injusticia,

bajar (*kénosis*) y estar con los más sencillos, con los pobres e injuriados, con quienes han sido despojados de sus tierras, con los desplazados, con las víctimas del conflicto armado. Encarnar las enseñanzas y el ejemplo del Maestro es una opción difícil, sufriente, corajuda, pero también luminosa y gozosa; plagada de logros y también de frustraciones, de incomprensiones y admiración; de rechazo y acogida; de soledad y de comunidad.

En cada rincón del país la gente recuerda valientes líderes que no pudieron soportar la injusticia, que tomaron cartas en el asunto y se indignaron, que fueron perseguidos por «legales» e ilegales, hasta llegar a padecer la tortura y la muerte.

Aquí nos limitaremos a reseñar cuatro testimonios ejemplares de amigos y amigas entrañables que son dignos hijos del Vaticano II.

De palabras y de hechos: cuatro testimonios de vida

Álvaro Ulcué Chocué (1943-1984)

Sacerdote indígena de la etnia *nasa* (castellanizada como Páez), dedicó su vida a la causa de sus hermanos indígenas, defendiendo su dignidad, cultura y territorio.

A mediados de 1980 Álvaro convocó a ochocientos indígenas de los resguardos de Toribío, Tacueyó y San Francisco, ubicados en el norte del Cauca, que en seminarios taller de varios días formularon de manera participativa lo que se denominó «El proyecto básico de la comunidad nasa», hoy vigente y en plena vitalidad.

Álvaro fue un profeta que con voz clara denunció públicamente los atropellos y las injusticias que sufrían sus hermanos indígenas por parte de terratenientes que habían usurpado sus tierras ancestrales. La recuperación de las tierras por las vías legales era aspecto central del proyecto que tenía en Álvaro a su principal vocero. Los terratenientes, con el apoyo de la fuerza pública, hostigaban, denun-

ciaban y amenazaban al sacerdote; la situación era cada vez más grave y peligrosa, hasta llegar en enero de 1982 al asesinato de una de sus hermanas y de tres familiares más, y a herir a los padres del sacerdote.

El sábado 10 de noviembre de 1984, Álvaro fue asesinado por dos sicarios, mientras esperaba que le abrieran las puertas del albergue Santa Inés en Santander de Quilichao. Minutos antes, al subirse al campero dentro del cual fue asesinado, había dicho a unos amigos. «Me siento como cansado, falta mucho por hacer... Viajar, caminar, trabajar, eso es la vida, pero el Señor no nos abandona; sigamos trabajando mientras nos dejen trabajar». Alguien le preguntó: «¿Padre, cuándo va a volver?». Él contestó: «¿Quién puede saberlo?, este viaje es larguito, pero ustedes sigan trabajando, *eucha*» (en español: «Adiós»).

El pueblo nasa sigue teniendo como referente a este abnegado hijo de su pueblo, marchas multitudinarias exigiendo sus derechos han sido una constante que ejemplifica el reclamo civilizado y no violento; sin embargo, como le pasó a Álvaro, otros indígenas han caído bajo las balas asesinas de las fuerzas armadas del Estado, de los grupos paramilitares y de la guerrilla; pero la lucha por su territorio, autonomía, cultura y dignidad no tiene reversa.

Tiberio Fernández Mafla (1943-1990)

Tuve el honor de gozar de una entrañable amistad con Tiberio, quien fue mi compañero de estudio en la Universidad Javeriana.

Fue nombrado párroco en Trujillo (al noroccidente del departamento del Valle) en septiembre de 1985. Desde que llegó a la parroquia desplegó una inusitada actividad a favor de su comunidad y, de manera particular, de los más pobres. No se tenía noticia en la región de un párroco tan activo y comprometido por la organización comunitaria y búsqueda de justicia social, a la vez que crítico del sistema político clientelista que imperaba en el pueblo. Su

esfuerzo se concretó en la creación de cerca de veinte empresas comunitarias (algunos hablan de 45) en zona rural y en el área urbana de la población.

Los politiqueros de la región buscaban establecer alianzas con el carismático y simpático sacerdote, pero este señalaba de forma clara y en voz alta que no se comprometía ni con violentos ni con corruptos.

En los municipios de Trujillo, Riofrío y Bolívar campeaba la violencia de tal manera que hoy se da cuenta que entre 1988 y 1994 se registraron, según los familiares y organizaciones humanitarias, trescientas cuarenta y dos víctimas de homicidios, tortura y desaparición forzada. Ante la monstruosa situación, Tiberio no se podía callar y denunció el torbellino de violencia contra la población civil, en una alianza entre narcotraficantes, agentes locales y regionales, y la fuerza pública.

La Comisión de Investigación de los Sucesos Violentos de Trujillo (CISVT) de 1995, con el aval de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, pudo establecer la alianza regional entre las estructuras criminales de los narcotraficantes Diego Montoya, alias «Don Diego», y Henry Loaiza, alias el «Alacrán», junto a miembros de la fuerza de seguridad del Estado, policía y ejército, y algunas autoridades civiles, con muy variados móviles: limpieza social, eliminación de testigos, despojo de tierra y persecución política.

El profesor Gonzalo Sánchez, director de Memoria Historia de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, señala:

En Trujillo se exhibieron un repertorio de instrumentos y procedimientos de tortura y de terror que serían multiplicados una y mil veces en la geografía nacional: motosierras para desmembrar vivas a las víctimas, hierros candentes introducidos en los cuerpos y la aplicación de sal en las heridas abiertas, uso de soplete de gasolina, martilleo de los dedos, levantamiento de la uñas, en fin lo más denigrante y atroz que se pueda concebir.

El 17 de abril de 1990 el padre Tiberio, que conducía el vehículo de la parroquia en compañía de tres personas más, entre ellas su sobrina de 18 años, fueron desaparecidos para ser conducidos a la hacienda Villa Paola, propiedad del narcotraficante Henry Loaiza. En dicho lugar, las víctimas sufrieron innumerables torturas. El primer gran informe de Memoria Historia de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación sobre el caso Trujillo señala:

El padre Tiberio habría sido obligado a ver el padecimiento de cada uno de sus acompañantes antes de ser torturado. A su sobrina la violaron y mutilaron sus senos. El cadáver descuartizado del Párroco fue rescatado de las aguas del río Cauca... Los cuerpos de sus acompañantes no fueron recuperados.

Por esta masacre el Estado colombiano fue condenado en 1995 por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, lo que obligó al presidente Samper a pedir perdón y a reconocer la responsabilidad del Estado en los hechos ocurridos entre el 29 de marzo y el 17 de abril de 1990, en la persona de treinta y cuatro víctimas, mientras que los familiares de las víctimas reivindican trescientas cuarenta y dos.

Hermosas y patéticas son las palabras pronunciadas por uno de los hermanos de Tiberio durante las honras fúnebres de abril de 1990:

Intentaron los violentos, desaparecer un cuerpo,
hacerle correr la suerte nefasta de otros cuerpos.
Quisieron que su piel hecha para la caricia y
para ser acariciado, no volviera a sentir.
¡No pudieron! Hoy sigue acariciando a través
del viento impetuoso, y de la suave brisa, miles de metros
de piel de aquellos que amó y por quienes se entregó.

Quisieron quitar sus brazos hechos para el abrazo acogedor,
en la alegría de los logros, en la solidaridad frente al dolor;

hechos para la ofrenda eucarística. ¡Pero se equivocaron!
Hoy sigue abrazando en todos aquellos brazos que celebran un logro,
en las comunidades, en aquellos brazos que se abrazan en
la tristeza del desplazamiento, en esos brazos que se abrazan
para seguir resistiendo

Quisieron quitar sus piernas hechas para caminar.
Que lindos son los pies del mensajero de la paz.
¡No pudieron! Hoy sigue caminando en los miles
y miles de mensajeros que hoy recorren ciudades, pueblos,
veredas, para gritar que es posible la civilización
del amor, la solidaridad, la justicia y la paz.

Quisieron erradicar su intimidad,
el lugar de donde brota la simiente. ¡No pudieron!
Hoy sigue íntimo en quienes le amamos, y su capacidad de engendrar
reino de Dios, justicia, verdad,
organización comunitaria, no fue cercenada

Quisieron desaparecer su cabeza, con ella la creatividad,
la inteligencia, la capacidad de comunicarse, la alegría,
el ingenio, la picardía. ¡No pudieron!
Porque su proyecto no era un proyecto egoísta, era el
Proyecto de Jesús de Nazareth,
cielo y tierra pasarán,
mis palabras jamás pasarán.

La memoria de Tiberio, de su sobrina, de sus amigos, de carpin-
teros, moreros, panaderos, jornaleros, tenderos, mecánicos, motoris-
tas, cargueros, amas de casa, educadores, vendedores ambulantes,
campesinos, profesionales, promotores de deportes, enfermeras, ad-
ministradores de finca, artistas, estudiantes, empleados, fotógrafos,
obreros, concejales, comerciantes, en fin, de trescientas cuarenta y
dos víctimas de Trujillo, son testimonio de vida, de lucha por la jus-
ticia y la superación, de una comunidad organizada en medio de la
violencia; pero también signo de la barbarie y el más abyecto des-

precio por la vida, por el otro, por la dignidad. Los organismos del Estado, establecidos para proteger la vida, honra y bienes de los ciudadanos, se confabularon con sicarios, terratenientes, narcotraficantes, paramilitares, politiqueros, en un empresa de muerte, en una organización criminal, en una solidaridad para el mal, que no termina todavía ni en la región ni en el país.

En Trujillo, con tesón y admirable valentía, la Asociación de Víctimas, con el concurso invaluable de la Hermana Maritze Trigos y el padre Javier Giraldo, han llevado la causa de las víctimas de Trujillo a las más altas instancias, como la Corte Interamericana de Derechos Humanos, en la que la Nación ha sido condenada; en las instancias judiciales colombianas, donde se siguen los procesos, las víctimas han estado representadas por el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo con gran generosidad y competencia.

La Asociación de Víctimas de Trujillo construyó un gran Centro de Memoria donde se encuentran los restos mortales de Tiberio y de la mayoría de las víctimas de Trujillo. Allí se levantó un gran muro de la memoria, una galería, hemeroteca y biblioteca, un oratorio, sala de exposiciones y conferencias, lugares para el encuentro de los niños. Los familiares de las víctimas labraron en el mausoleo sus afectos y recuerdos. Periódicamente se realizan peregrinaciones al lugar, permanentemente visitado por grupos de personas y colegios. El Centro de Memoria no ha estado exento de atentados, pero se levanta en pie contra el olvido y se constituye en invitación a salir de la indiferencia.

Alcides Jiménez Chicangana (1949-1998)

Sacerdote nacido en un humilde hogar campesino en la Bota Caucana, entregó todo su entusiasmo, alegría y sufrimiento a la región del Bajo Putumayo, teniendo como sede de trabajo Puerto Caicedo.

Su esperanza estaba centrada en que el cambio social que requería el país debería tener como protagonista a un pueblo que define

su destino de forma autónoma teniendo como referente el plan de Dios y los principios cristianos.

Para Alcides, la mujer era eje central del desarrollo; era un convencido y promotor a brazo partido del respeto por la naturaleza; el trabajo campesino debería privilegiar la agroecología: protección al suelo, del agua y del aire; producción diversificada; no a la destrucción y, por ello, no a los agroquímicos y a las fumigaciones, no a los monocultivos: la coca, la palma aceitera y otros; no al capitalismo salvaje y a las multinacionales; no a las privatizaciones de lo que es y tiene que ser del pueblo (recursos naturales, agua, tierra, minas). Que los proyectos sean prácticos, sostenibles, apropiados y que apoyaen a las comunidades en su camino de autodeterminación.

Alcides era un líder entregado a su gente y con ella un defensor a ultranza de la naturaleza. No soportaba que la gente sencilla fuera ultrajada; era uno con ellos; levantaba su voz ante la injusticia y ante los atropellos. Reclamó en distintas oportunidades a la guerrilla de las FARC que no obligaran, bajo las armas, a los campesinos a cultivar la coca y a realizar marchas en defensa de tales cultivos. Condenó también que ese grupo guerrillero reclutara a la fuerza a jóvenes campesinos.

Alcides fue amenazado por la indeclinable defensa de la gente con quien trabajaba y por la protección de la naturaleza. Sentía temor por su vida, hizo consultas, se le recomendó ausentarse por un tiempo del Bajo Putumayo, permanecer algunos meses en el Chocó, donde tenía grandes amigos, o ir a intercambiar experiencias con los indígenas del CRIC en el Cauca, pero como en un poema que él escribió, señaló:

... porque para estos hombres (como él)
no se conoce descanso ni reposo
así es el caminar de los que han hecho camino
pero tienen que mejorarlo poco a poco
Aquí vamos: ni muertos ni vencidos...

El 11 de septiembre de 1998, último día de la Semana por la Paz, Alcides sintió la muerte en los talones; lo habían visitado en la mañana unos desconocidos que lo dejaron intranquilo todo el día. Su tradicional alegría había desaparecido, la olla común de ese día especial no tuvo en él su tradicional animador, se le sentía ausente.

Su hermano Wilfrido nos describe el momento del asesinato:

En la eucaristía de las seis de la tarde, cerca del ofertorio, Alcides comenzó a sospechar de la intención de dos personajes desconocidos, que habían llegado con ponchos blancos y empezó a ponerse nervioso: se quitaba las gafas y las limpiaba, empezó a decir cosas incoherentes y a balbucear. Ya había vertido el vino en el cáliz y lo había dejado sobre la mesa.

De pronto uno de los individuos avanzó por el costado izquierdo de la capilla. El padre lo miró y se quedó estático. Más o menos hacia la mitad del recorrido, el sicario desenfundó un arma y le hizo el primer disparo, pero no logró hacer blanco. Evangelina, una de las asistentes, anciana morena que tenía por costumbre cantar en el coro de la iglesia, corrió y trató de interponerse entre el asesino y el padre, siendo alcanzada por un impacto y cayendo malherida. Los disparos seguían. Alcides levanto el misal e intentó protegerse detrás de él... Un disparo alcanzó el cáliz con vino a la mitad, atravesando su empuñadura... Otros disparos alcanzaron el misal que le servía al padre como escudo, destrozándolo parcialmente. Al parecer, ninguno de los disparos hechos en la capilla hicieron blanco en él, que salió corriendo a través de la sacristía al patio interior de la casa cural. Allí, debajo de un árbol de zapote, fue acribillado con dieciocho impactos de bala.

Todo parece indicar que las FARC no perdonaron a Alcides su crítica franca a los métodos coactivos y de intimidación que este grupo guerrillero imponía a los campesinos de la región. Las FARC nunca reconocieron el asesinato de este líder religioso y social que contaba con todo el cariño de su gente por su entrega, su alegría, su denodada defensa de la naturaleza, su búsqueda de la justicia.

Años después, un discípulo de Alcides, el promotor campesino Eugenio Mejía, fue asesinado frente a su familia por paramilitares, porque exigía respeto para la comunidad donde trabajaba.

Año tras año se celebra en Puerto Caicedo un Festival por la Vida, la Naturaleza y la Solidaridad en memoria y homenaje a Alcides. Los proyectos agroecológicos continúan con vigor y se han extendido a otros municipios de la región.

Yolanda Cerón Delgado (1958-2001)

Yolanda Cerón, quien había sido religiosa de la Enseñanza, se desempeñaba como directora de Pastoral Social de la Diócesis de Tumaco. Desde su labor se entregó al servicio de sus hermanos, los más pobres, pertenecientes a comunidades afrodescendientes en la Costa Pacífica colombiana.

En una lucha desigual contra asesinos a sueldo pagados por narcotraficantes y paramilitares que buscaban hacerse a la propiedad de la tierra de los campesinos, dirigiendo el equipo de la Pastoral Social, Yolanda contribuyó para que bajo el amparo de la Ley 70 se titularan 96.000 hectáreas de tierra para una población de 9.000 personas afrodescendientes que durante cientos de años ejercían derechos de propiedad sobre estas tierras ancestrales. Ahora tienen una titulación colectiva que es inalienable, imprescriptible e embargable, pero además con este proceso se sentó un precedente, al que el gobierno se oponía: la titulación de los manglares para comunidades afrodescendientes.

Yolanda era animadora vital del espacio común conformado por 17 procesos comunitarios y eclesiales que desde Riosucio (Chocó) hasta Tumaco (Nariño) han venido coordinando esfuerzos a favor de comunidades negras e indígenas atropelladas por múltiples violencias y con un palpable abandono del Estado, que no ha tenido en cuenta este rico y frágil territorio sino para entregarlo en concesiones a enclaves mineros y madereros nacionales e internacionales

que han extraído la riqueza de la región sin devolver nada a cambio, pero sí dejando las heridas del maltrato a la tierra y al territorio. Hoy la región del Pacífico colombiano está amenazada por los cultivos de coca, de palma aceitera y con una renovada ambición arrasadora, de la minería, que amenaza con dejar un desierto en lo que hoy es uno de los nichos más ricos del mundo en biodiversidad.

Las amenazas y las intimidaciones se multiplicaron, pero con un cuerpo frágil y una voluntad tenaz, Yolanda animaba a sus hermanos a que no desmayaran en sus derechos, mientras que exigía al Estado el cumplimiento de la ley y la protección a las comunidades. Su voz y su gestión fueron fuertes, valerosas y constantes. Los enemigos de la causa de la justicia, sin ningún escrúpulo y muchas veces en concubinato con las fuerzas armadas del Estado (a quienes corrompían), arreciaron sus amenazas.

Yolanda sufría, sabía que la sentencia contra su vida estaba echada, pero aun así no quiso ni retroceder ni abandonar a las comunidades. Le pedimos prudencia, ausentarse del lugar por un tiempo, pero su voz interior le decía que no podía abandonar a sus amigos en momentos estratégicos y al regresar a su lugar de trabajo, después de una gira por Europa, en la que denunció lo que acontecía en su región, el 19 de septiembre de 2001, al salir a medio día de su oficina, en pleno centro de la ciudad de Tumaco, fue asesinada en el atrio de la iglesia Nuestra Señora de la Merced –en el corazón de la ciudad– por sicarios a órdenes de jefes paramilitares del nivel nacional. Su asesinato se produjo cerca de la Estación de Policía. Al parecer, una vez cometido el magnicidio, los asesinos se dirigieron al aeropuerto, tomaron avión a Cali a las dos de la tarde, mientras que la policía para buscar a los asesinos hizo retenes a las cinco de la tarde ante la alarma general.

Yolanda había denunciado valientemente el inocultable maridaje entre miembros de las fuerzas de seguridad del Estado con los grupos paramilitares asentados no solamente en el puerto, sino en la mayoría de los nueve municipios que forman parte de la Diócesis de Tumaco. El «Bloque Libertadores del Sur» al mando de Guillermo

Pérez Alzate o Guillermo Naranjo, conocido como «Pablo Sevillano» fue el encargado de perpetrar el asesinato. El propio Sevillano lo confesó al pedir ser incluido en los beneficios de la Ley 975 «para la justicia y para la paz». Junto al asesinato de Yolanda confesó el de al menos un centenar de afrocolombianos, crímenes de lesa humanidad cometidos por su estructura criminal en complicidad por acción y omisión de la Brigada de Infantería de Marina No 2 con asiento en Tumaco.

La situación de violencia, desplazamiento y muerte no para en esta región de la Costa Nariñense: intereses geoestratégicos, económicos, de narcotráfico, contrabando de armas, cultivos de palma africana, explotación de la madera, fumigaciones, presencia de todos los actores armados, corrupción a todos los niveles, abandono e indolencia del Estado que no piensa sino en aumentar el pie de fuerza, producen angustia y desazón en toda la comunidad. Sin embargo la presencia permanente de los agentes de pastoral formados y amigos de Yolanda continúan resistiendo, exigiendo, formando en derechos, evitando mayores niveles de desplazamiento, consolando a las viudas y a los huérfanos, empoderando a la población. Al frente de ellos está su incansable y humilde obispo, monseñor Gustavo Girón Higueta.

Palabras finales

Hemos referido cuatro historias de vida ejemplares, que llamarán el recuerdo de otras tal vez más cercanas del lector. Sus luchas no han sido en vano. Son semillas que fructifican en abundancia en un medio hostil. Hoy no están físicamente con nosotros, pero ellos y ellas permanecen presentes animando la construcción de un mundo más justo y más libre.

La opción de llegar a los más pobres y necesitados hasta las últimas consecuencias, asumir la *kénosis* en seguimiento al Maestro que tan radicalmente optó por nuestra liberación (Flp 2,8-9) no está

exenta de dudas, de sufrimiento y angustia. Miedo experimentó y expresó Yolanda, cuando dos meses antes de su muerte, en Europa, lloró ante sus amigos pues preveía lo que podría pasarle a su regreso al país. Zozobra vivió Alcides cuando días antes de morir expresó angustia en Bogotá por lo que se estaba preparando en contra de su vida. Tristeza y abandono colmaron a Álvaro cuando segundos antes de ser asesinado se despedía de sus amigos. Indignación e ira manifestó Tiberio cuando sintiéndose cercado por amenazas de muerte, dijo a sus amigos: «Si mi sangre contribuye para que en Trujillo amanezca y florezca la paz que tanto estamos necesitando, gustosamente la derramaré».

La opción radical para que la justicia fuera tomando rostro, para que la libertad no tuviera ataduras, para que la democracia no fuera letra muerta, para que las víctimas volvieran a sus tierras, para que las comunidades tuvieran titulado su propio territorio, para que la educación y la salud fueran dignas, para que impunidad, opresión y corrupción no continuaran campeando, ha tenido momentos de crítica e incomprensión en los círculos cercanos de estos apóstoles: «si hubiera hecho caso, todavía estuviera entre nosotros»; «lástima que la mataron por ser frentera»; «ojalá hubiera sido más prudente, no habría terminado como terminó»; «todavía estaría viva haciendo mucho bien entre nosotros».

Su muerte no tiene que ver ni con su imprudencia, ni con ser «bocasuelta», ni por ser arriesgado/a, ni por falta de tacto; es producto de la injusticia, de la inequidad, del abandono estatal, de las alianzas criminales, de las ambiciones desmedidas, de la politiquería, de las estructuras del mal que luchan por mantenerse e incrementar su poder a toda costa.

Así estuvieran rodeados de amigos y colaboradores, la opción de permanecer en los lugares del sacrificio fue una decisión en silencio y soledad, con profundo dolor y laceraciones internas, pero con plena conciencia de entrega y solidaridad, convocados por la justicia y la libertad frente a quienes pretenden detentar el poder por las armas, el engaño, la mentira, las componendas politiqueras, la orgía

del dinero. A ellos se enfrentaron con el poder del evangelio, del servicio al otro, un poder que supera cualquier otro, que es escándalo para los judíos y locura para los gentiles.

Las decisiones que tomaron, los trabajos concretos que emprendieron en favor del pequeño, del violentado, del empobrecido, no fueron en vano; sus obras continúan, sus enseñanzas perduran, su memoria vive y a la imagen de nuestro Salvador, son también manifestaciones de la Pascua.

Su presencia la encontramos cuando nos hacen falta, cuando sentimos su ausencia, cuando nos alegramos por los inmensos y pequeños momentos que vivimos con ellos y ellas. Pero con todo, nos atraviesa un gran dolor y tristeza: estos amigos y amigas hoy no están con nosotros.

Bibliografía

- BELTRÁN PEÑA, Mauricio / MEJÍA SALAZAR, Lucila. *La Utopía mueve montañas*. Álvaro Ulcué Chocué. Bogotá, Nueva América, 1989.
- BOTERO VILLEGAS, Luis Fernando. «*Si el grano de trigo...*». *Vida, misión y legado de Yolanda Cerón*. Medellín, Diócesis de Tumaco y Casa Vélez Publicidad, 2008.
- CAMACHO GUIZADO, Álvaro Y OTROS, *Trujillo, una tragedia que no cesa. Primer informe de Memoria histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación*. Bogotá, Planeta, 2008.
- JIMÉNEZ CHICANGANA, María / JIMÉNEZ CHICANGANA, Wilfrido / JIMÉNEZ CHICANGANA, Iván. *Semillas de paz, La obra del padre Alcides Jiménez en el Putumayo*. Bogotá, Coltag, Artes Gráficas, 2008.